

El paneslavismo y la idea neoeurasianista



Rodrigo Sobota

No puede ser que el fin supremo de la civilización deba estar necesariamente ligado a su inevitable caída. No debemos, como hombres, elegir el camino de la anarquía y el caos, sino más bien, para no perdernos en la dispersión del nihilismo moderno, luchar por la construcción de una nueva nación, un nuevo régimen, un nuevo Estado, un nuevo paradigma de la civilización.

La ruptura de la vieja noción de fronteras tradicionales es uno de esos procesos históricos importantes que debemos, por supuesto, registrar en nuestras cuentas como creación de nuevas oportunidades en lugar de ser necesariamente un momento de inevitable disolución. La disolución de los vínculos antiguos es un paso necesario para la creación de otros nuevos, y un momento tanto de oportunidad como de pérdida.

Es importante para nosotros notar que, para muchos de los Estados eslavos actuales, a saber, Bulgaria, Serbia, Eslovaquia, Chequia, etc... que han sido creados y existen como subproducto de contingencias históricas, la expresión de la forma necesaria del paneslavismo no debe limitarse necesariamente a un etnonacionalismo estrecho, ni siquiera

a las estrechas limitaciones de uno o dos Estados, o de varios pequeños en constante lucha.

Más bien, debe haber una conciencia renovada entre los Estados de Visegrad de que la civilización se basa en valores sólidos, absolutos y concretos, y también en la fuerza de realidades geopolíticas sólidas. Estos valores implican un vínculo compartido, una historia común, pero, sobre todo, la fortaleza de ánimo y la fuerza de voluntad para defender lo que es verdadero y justo en tiempos donde los hombres están perdiendo de vista cosas muy básicas. Y lo que es correcto, está por encima y más allá de las opciones que nos ofrecen actualmente las fuerzas atlantistas.

El viejo modelo liberal, con su marcada distinción entre política de "derecha" e "izquierda", se ha convertido en una molestia. Y esta molestia ahora nos amenaza, si no queremos aprovechar el vehículo del Estado más allá de las tendencias de la política de partidos mezquinos, del regateo entre hombres de mente mezquina que no se preocupan más que por el dinero o las mezquinas disputas ideológicas, y que se hunden en el barro. El vehículo de una buena gobernanza.

Debe erradicarse el individualismo, no sea que el Estado se convierta en víctima de sus componentes fragmentados y atomizados.

De la misma manera, el destino histórico del pueblo eslavo, el *narod*, debe aspirar al antiguo anhelo romántico del reencuentro del siglo XIX. Incluso ahora, cuando la vieja amenaza teutónica ha sido neutralizada, no debemos bajar la guardia ni a nosotros mismos ni a nuestra propia guardia para creer de una vez por todas que ha llegado el llamado "Fin de la Historia" y que podemos permitirnos el lujo de intentar luchar simplemente por un paraíso capitalista utópico.

Los eslavos fueron una vez un solo pueblo. E incluso si las divisiones étnicas se han mantenido entre nosotros durante mucho tiempo, no debemos olvidar que fue hace solo 1200 años que hablábamos una lengua común mutuamente inteligible. Y ciertamente no es hoy, ni siquiera en el corto futuro, que dejaremos esta tierra lejos o nos dejaremos traicionar por los falsos dioses y los falsos amigos del liberalismo, el capitalismo, el globalismo y el atlantismo.

Porque la civilización eslava pertenece necesariamente a las vastas estepas del Este. Fue aquí, en el área alrededor de las marismas de Pripyat, el norte de Ucrania y Polonia, donde nacimos como pueblo. Nuestra etnogénesis nos revela como un pueblo de las vastas estepas, al igual que nuestros primos indo-iraníes cercanos. Sin embargo, como también cabalgamos por las estepas, y al igual que nuestros primos

bálticos aún más cercanos, también vivíamos en densos bosques y marismas.

Sin embargo, no podemos olvidar el hecho de que la cristalización del Estado-nación como una noción artificial del carácter específicamente occidental nos ha dividido profundamente. Y es sólo ahora, en esta época en la que se está produciendo el colapso gradual de las viejas verdades y los viejos cimientos de la civilización occidental, que debemos admitir necesariamente que el antiguo mito hegeliano del Estado, cristalizó como él lo veía en la venerable Alemania Imperial, que está en un declive terminal. Como las entidades supernacionales y globales como las corporaciones, las instituciones como el infame OSF liderado por Soros, los cárteles de la droga y cualquier otra cosa que crezca y extienda sus tentáculos por todo el mundo, sería muy ingenuo y provinciano pensar simplemente en las líneas de las fronteras estatales. Buscar una nueva liberación nacionalista.

El Nuevo Nacionalismo debe tomar ejemplos de lo antiguo, pero con una mirada orientada hacia un futuro sólido. Como tal, como el neoeurasianismo de hoy se inspira en el eurasianismo de Trubetzkoy, el paneslavismo de hoy debe partir del paneslavismo del siglo XIX, o más específicamente, de las convenciones y los puntos de vista de todos sus delegados particulares...

Todos ellos tienen una lección para nosotros, casi dos siglos después, uno de esos delegados fue el famoso nacionalista checo, historiador, lingüista, etc... Frantisek Palacky.

Y si bien no podemos resumir el inmenso conocimiento y dedicación de Palacky al campo de los estudios eslavos, el lenguaje, la historia, etc... sí sabemos que su *leitmotiv* en torno a su obra histórica giraba alrededor de un único principio: este principio se orientó fundamentalmente en torno al conflicto constante entre Bohemia, los pueblos eslavos, versus los pueblos germánicos. Pero este conflicto no solo se limitó a los teutones contra los eslavos, también fue un conflicto profundamente arraigado entre Roma y el elemento eslavo, con su propia mentalidad innata y significativamente diferente.

La historia de las tierras de Bohemia está llena de narrativas que conforman una verdadera novela, de proporciones verdaderamente intensas. Un enfrentamiento entre los elementos eslavos y alemanes, pero también una rebelión a toda regla contra la Iglesia latina, que duró siglos antes de ser aplastada y sobrevino una sujeción ignominiosa al sistema germano-latino.

Este mismo sistema, que encontró su victoria en la Batalla de la Montaña Blanca en 1620, no se puede olvidar, ya que significó que durante dos siglos la historia y la cultura de las tierras de Bohemia estuvo sujeta al proceso más cruel de germanización. Una especie de política cultural de tierra arrasada que sería una especie de mini-preludio de las luchas más intensas y titánicas de los siglos XIX y XX, y cuyo final solo se produjo con la ocupación de Berlín en 1945, ¡junto con el famoso discurso triunfal de Stalin anunciando *nuestro* esperado triunfo sobre las huestes teutónicas!

¡Por fin ganamos! Pero la batalla no ha terminado todavía. Porque hay nuevos enemigos, de diferente inclinación, esta vez.

¿No sería diferente la historia para la pequeña Bohemia y sus primas cercanas Polonia y Eslovaquia, si no hubiera seguido los consejos de Cirilo y Metodio, y se hubiera deshecho de los grilletos del papado franco-latino a cambio del genuino cristianismo de los Padres, y se hubieran alineado mejor con sus propios primos en la Rusia todavía naciente, o de un Bizancio que todavía gobernaba cerca como el centro del mundo ortodoxo? ¿Cuánto no son Bohemia, Eslovaquia y Polonia el subproducto de divisiones geopolíticas arbitrarias, de corrientes ciegas y deterministas, que buscaban dividir amargamente a los primos cercanos que todavía tienen mucho en común?

¿Cuánto es "Polonia" el subproducto del poder de Piast, en la medida en que Eslovaquia permaneció bajo la órbita de una Hungría que estaba igualmente ligada a las fluctuantes fortunas de los Arpad?

¡Cuánto podría haber sido diferente todo esto! ¡Y qué más fuertes y más grandes podríamos haber sido si estuviéramos atados al Este, en lugar del Oeste franco-latino!

Hoy, la batalla encuentra en sí misma nuevos enemigos: estos enemigos se juntan alrededor de las banderas del globalismo, los derechos humanos, el universalismo y las mezquinas ideologías de la Ilustración. Bajo la bandera del cosmopolitismo, buscan disolver activamente todos los límites nacionales, deshonrar cualquier historia étnica o cultural y moldean activamente a la humanidad en un experimento masivo de ingeniería social centrado exclusivamente en la abolición del hombre y la creación de lo nuevo, un mundo post-nacional, global, post-humano, esclavo de amos invisibles.

Digamos simplemente esto: si queremos sobrevivir en la era actual, que se encuentra bajo la égida de poderosas fuerzas degenerativas y bajo la amenaza de una completa disolución, solo hay una salida, e involucra precisamente lo que he escrito: así como en el ámbito de

nuestro compañero A. Dugin las ideas de Trubetzkoy han encontrado un nuevo terreno en el siglo XXI, debe buscarse que las ideas de los congresos paneslavos del siglo XIX encuentren un nuevo terreno y una nueva adaptación a las realidades del siglo XXI.

¡Cuántas lecciones se pueden extraer del Congreso de Praga de 1848 y cómo se pueden extraer aún más y mejores lecciones del Congreso de Moscú de 1867! Específicamente, las nociones románticas de cierto delegado Ludovit Stur, quien dijo esto: "Cada nación tiene su tiempo bajo el sol de Dios, y el *tilo* [un símbolo de los eslavos] está floreciendo, mientras que el roble [un símbolo de los teutones] floreció hace mucho tiempo".

Porque muchas de mis opiniones se hacen eco de las del memorable Ludovit Stur. Reconoció que solo la unión de los *narod* eslavos alrededor de un Centro Común, o su miembro más poderoso en ese entonces, Rusia, era la única forma de evitar la esclavitud y el sometimiento que enfrentaban las otras naciones eslavas más pequeñas frente a las grandes potencias imperialistas de esos días, especialmente los alemanes y los húngaros.

¡Cuánto podría beneficiarse el euroasianismo relejendo esta preciosa y venerable obra, *La esclavitud y el futuro del mundo*, del gran Ludovit Stur!

¡Y cómo aún pueden ser relevantes hoy las nociones de una Federación Común predicadas en estos antiguos Congresos! Y también, cuán central para esto es la Iglesia de los Padres, a la que L. Stur una vez juró su total lealtad. La cumbre metafísica y el eje de la nueva confederación paneslava.

¿Dormiremos los eslavos mientras el enemigo globalista trama nuestra caída, o nos uniremos en torno a una sola bandera para evitar, de UNA VEZ y por todas, el yugo de nuestros enemigos indiscretos? ¿Aprenderemos finalmente las lecciones que la historia siempre nos ha enseñado, con mucha amargura y frialdad? ¿O tendremos que aprenderlos de nuevo, con nuestro futuro y nuestra propia existencia colgando de un hilo?

Presuposiciones espirituales de la unidad paneslávica o una introducción a los fundamentos de una nueva civilización eslava



Rodrigo Sobota

Para que el paneslavismo vuelva a ser grande, uno debe encontrar la manera de resucitarlo sobre bases más verdaderas y sinceras.

El nuevo paneslavismo, como el nuevo euroasianismo, debe ser un elemento que aborde los desafíos del presente junto con una propuesta que debe razonar con los mismos elementos que nos sacarán de la posmodernidad y su caos innato, y también alejarnos del actual consenso occidental.

No debemos descuidar, como hemos hecho tanto en el pasado, el hecho de que el carácter de un pueblo está formado por su contrafuerte metafísico y su educación fundamental, más que cualquier otra cosa.

Hasta ahora, y durante mucho tiempo, los eslavos occidentales han actuado y se han considerado miembros de la civilización occidental, en oposición directa a sus primos orientales.

Por tanto, propongo lo siguiente: que la división histórica entre los eslavos orientales y occidentales, que es un subproducto de la división más amplia entre la antigua cristiandad latina y el cristianismo ortodoxo genuino, sea curada por una fuerza civilizadora impulsada principalmente por influencias orientales y que abarque todo lo que Occidente ha perdido o descuidado por completo recientemente.

Oriente debe expulsar a Occidente, no solo geográfica o políticamente, sino en el corazón y la mente.

Mientras que en el pasado reciente la influencia del marxismo pseudo-metafísico podría haber arreglado las trampas de una pseudo-uniión enérgica, la unidad más verdadera y genuina sobre una base paneslava solo puede ocurrir no solo con los lazos probados de parentesco y sangre, y nociones románticas de un nacionalismo burgués revisado, sino también a través del atractivo de fuerzas civilizadoras mucho más profundas y fuertes al nivel del inconsciente colectivo.

Es la única Tradición de Oriente que puede ahuyentar a los falsos dioses de la civilización occidental. Como tal, en lugar de la tradición intelectual iniciada por hombres como Oswald Spengler y Rene Guénon, Rusia primero debe descubrir su yo oculto, su verdadero carácter, escondido detrás de los adornos petrinos liberales y occidentalizantes que ha asumido en los últimos 300 años.... Pero el carácter fáustico de Occidente ofrece a veces grandes beneficios materiales y técnicos, aunque sobre todo a corto plazo, que se ven ensombrecidos por completo por la progresiva desanimación y materialización de todos sus pueblos anfitriones en su completo detrimento.

El nuevo carácter de la unidad pan-eslava debe construirse sobre el ejemplo de una Rusia que se redescubre a sí misma, solo para servir como el centro de una Nueva Civilización, una Nueva rama de la Tradición, que puede traer bajo su esfera espiritual a los demás pueblos del mundo de la misma manera que Roma una vez ordenó unilateralmente, moral y espiritualmente, el antiguo cristianismo occidental.

Este es el cemento que traerá, más allá de lo que es meramente la fuerza de la sangre, el parentesco, los lazos históricos y la amistad, hacia la meta de una Nueva Civilización y su nuevo Centro.

Y a largo plazo, a menos que se rompa el mito de la superioridad occidental y se borre de las almas e intelectos de Europa del Este, incluidas Polonia y Hungría, no habrá progreso hacia este objetivo supremo de civilización y supervivencia en nuestros tiempos difíciles - cuando la fachada de la llamada "civilización" occidental se adelgaza cada vez más, y cuando todos los cimientos que una vez la afianzaron, en todo su innato y bien conocida *hybris* prometeica, se desmoronan lenta y gradualmente, sin dejar nada más que barbarie y anarquía en su lugar.

El espurio espíritu secular humanista de Occidente, fundado en una exageración y deificación de las facultades de la racionalidad humana limitada, y de los dioses terrenales del dinero, el utilitarismo y el hedonismo libre de valores, la estética burguesa, etc., debe dar de facto y efectivamente camino a lo que es genuinamente verdadero y auténtico.

Todo aquello que debe estar dirigido hacia el supremo fin ontológico de la unión que los antiguos griegos conocían íntimamente como la noción aristotélica de *Kalokagathia*, la síntesis de la Belleza y la Verdad que apuntalaba las concepciones verdaderamente trascendentales y genuinas de una civilización tradicional. Todo lo podrido, materialista, secularizado y antiespiritual debe desvanecerse hacia el tipo supremo de Civilización, la Civilización que conoció el Occidente latino y que puso al Logos de Cristo Encarnado en el centro de toda actividad de la vida humana más allá de los caprichos de simples individuos desalmados y desarraigados.

La deificación de las facultades burguesas del racionalismo, el mercantilismo, el individualismo, etc.... debe dar paso a una exaltación de lo auténticamente tradicional, sin caer en un colectivismo desalmado e inorgánico como el marxismo.

Es dentro de este contexto fundamental, al tener en nuestras manos todo lo que queda de genuino dentro de la Tradición, como la concibieron personas como René Guénon y Julius Evola, de los poderes trascendentales que aún operan dentro de los límites y confines de una humanidad materialista caída y en decadencia, que puede servir verdadera y exclusivamente como el Intelecto Supremo, el Centro de la amplia regeneración sociopolítica y espiritual que tiene como objetivo la creación de una nueva civilización fuera de los escombros de la modernidad occidental pervertida, canosa, nihilista y decadente. Y es sólo a través del poder de un Oriente rejuvenecido, ya sea bajo el cristianismo de los Padres o incluso bajo el Islam asiático, es solo a través de esta fuerza fundamental alrededor de la cual podemos resistir con todos nuestros poderes contra el Reino del Anticristo y su encarnación demoníaca bajo el orden mundial liberal liderado por Occidente y sus pseudo-valores y pseudo-moralidad burgueses disgénicas, disfuncionales y distópicas.

Evola y el neo-urasianismo

Rodrigo Sobota

Debemos entender el trabajo de Julius Evola de la misma manera que entendemos el enfoque de Heidegger hacia la metafísica y la civilización occidental.

Si bien podemos saber con certeza que el estado actual de la civilización occidental ya no se parece, en su totalidad, a la imagen idealista que alguna vez describieron Heidegger y Spengler, debemos ser conscientes de que su trabajo constituye un hito importante y vital.

El espíritu de la vieja Europa está vivo en la obra de Heidegger, tanto como en la obra de Evola. Ambos representan el espíritu de una época que conoció, íntimamente, quizás, el impulso nietzscheano hacia sus profundas raíces modernistas y su esencia, y tal vez podría describirse en cierto sentido como representando la era del (aspirante) *Superhombre*, el nihilista activo, y de los regímenes que buscaban un nuevo modelo de hombre --muchos de ellos fascistas, comunistas o incluso liberales-- frente a la era actual del *Último Hombre*, un hombre que ha perdido casi por completo el impulso fáustico y, por tanto, ha sucumbido al nihilismo pasivo, y al espíritu de una época que ha pasado por completo de la modernidad a la posmodernidad. Una época que ahora, en consecuencia, en nuestra época actual, se enfrenta a una completa disolución.

Evola aborda esta era de disolución tan intensa y concisamente como Heidegger deconstruye la esencia del logos occidental y de su Metafísica centrada en presencias abstractas irreales, en esencias cosificadas y en el sujeto pensante.

Debemos entender a Evola como un sabio profundamente consciente de su propio papel dentro del Fin de los Tiempos, y el tipo de destilación, de objetividad (*sachlichkeit*), que sería necesaria para enfrentar las dimensiones y desafíos de nuestra época. Debemos sentir, en él, a un hombre que comprendió la inevitable disolución y destrucción de los estándares de la época burguesa, y la época de la llamada "vieja" Europa, de la Europa que todavía era reconocible para un hombre como Oswald Spengler, y acerca de cuyo destino inevitable Goebbels proclamó firmemente - mientras hablaba, durante las secuelas del bombardeo de Dresde y el final del segundo gran enfrentamiento global: "toda la vieja Europa se derrumba y será enterrada con esta guerra. Con este conflicto, viene la ruina de la era burguesa" [traducción aproximada].

Incluso si esta intuición fundamentalmente correcta no vino al estilo de los sueños nazis pervertidos, con la construcción de la Neue

Ordnung fascista, sino con la construcción de un régimen liberal demente, enfermo, geriátrico y nihilista dentro de un molde americanizado, todavía debemos ver en Evola una especie de conclusión lógica de los supuestos que hasta ahora han subrayado las últimas etapas de la reacción europea.

Evola debe entenderse como el puente que une el pensamiento continental de Europa occidental tardía a la Tradición, como deberíamos conocer, y entender adecuadamente en la concepción que debe sustentar los cimientos de una nueva civilización posliberal que nosotros, como hombres de la Medianoche, necesariamente debemos aspirar a ser.

El mismo movimiento de la vida de Evola, desde el Idealismo Absoluto de su juventud, hacia la rigidez intelectual neoplatónica, la ortodoxia cimentada y refinada del Evola "tardío", es indicativo del camino que debemos tomar en nuestra época.

Evola escribió precisamente para nosotros, los hombres de la medianoche. Sus escritos se referían no solo a la crítica de la metafísica occidental tardía, desde un punto de vista parcial que quizás sea mucho más completo en la obra de Rene Guénon y Martin Heidegger, pero que lleva en sí la visión apocalíptica y escatológica del Fin, aunque dentro de la visión que Evola trabaja, debemos entender el trasfondo de esta visión del fin de los tiempos como fundamentalmente diferente de la bravuconería semita de emociones que han caracterizado nuestra comprensión del final dentro de la civilización cristiana.

La visión de Evola del fin de los tiempos está estrictamente alineada con una ortodoxia diferente, a saber, la del platonismo, el hermetismo, el budismo en su forma más pura y temprana, y también Samkhya, Advaita y otras corrientes similares que aún se pueden discernir en nuestra época. En ellos, mientras el fin de los tiempos y la edad oscura forman un dato coherente, hay una marcada ausencia del patetismo del tipo semítico dentro del alcance de estas enseñanzas tradicionales alternativas.

La época actual de decadencia liberal, del fin de la humanidad occidental, debe entenderse dentro de la égida y alcance del amplio movimiento de disolución, de fragmentación, que precede al fin del ciclo. Y a esto le sigue, marcadamente, la búsqueda de la trascendencia en un mundo que se ha vuelto sin sentido, informe, objetivado, banal y el receptáculo pasivo de un proceso muy similar al fetiche de las mercancías descrito por los ideólogos marxistas. Y dentro de este mundo distópico de los últimos tiempos, también podemos presenciar la correspondencia que se hace de manera muy precisa con la edad de la cuarta casta, la edad de los Sudra, caracterizada por ejemplo por la

dominación del hombre informe de masas, de la pura cantidad y de las máquinas, a diferencia de la época burguesa anterior que conservaba los restos de elementos orgánicos más profundos y antiguos.

Dentro de esta época, y dentro de Occidente, debemos reconocer que todo lo que todavía era orgánico y tradicional en la anterior época "burguesa", que terminó definitivamente en 1945, está llegando a su fin o ya ha sido destruido. La enseñanza antimodernista de la Iglesia Romana fue asesinada y enterrada junto con su núcleo ceremonial y litúrgico, al igual que los restos de los elementos sociales orgánicos, pre y antimodernos, como la aristocracia, el clero y la amplia aristocracia y las estructuras jerárquicas que aún desempeñaban su papel en otorgar un sentido profundo y efectivo de diferenciación social y personal que ya no están presentes en nuestros días.

En nuestra época, que está profundamente marcada por la erosión liberal y también ex comunista de todos los estándares restantes de la civilización orgánica, no podemos contar con el lujo de tener los viejos modelos y superestructuras presentes en nuestro medio actual. La sociedad orgánica del Renacimiento y su predecesora, la sociedad orgánica de la Edad Media, son ahora un recuerdo lejano. Lo que está presente ahora es precisamente el modelo inorgánico del mundo civilizado, liberal tardío, que se arrastra inexorablemente hacia un vórtice de imbecilidad, nivelación hacia abajo de la estructura social, y también autodesintegración. De esto, sólo podemos tomar en cuenta la brillante obra "Jihad vs McWorld", el tipo de libro que lleva un título muy apropiado a la época actual del cesarismo temprano spengleriano, la política monetaria y la solidificación.

Ya hemos discutido brevemente aquí y en otros lugares la naturaleza de esta época. Y ahora, debemos entender que cuando Occidente se acerca a su etapa de mortalidad efectiva, la iniciativa debe tomarse con decisión hacia una nueva dirección. Esta iniciativa consiste en la reunión de los hombres de la Medianoche, los hombres diferenciados que "cabalgan el tigre", a la construcción de un nuevo paradigma que necesariamente debe venir después de la noche profunda y oscura de la modernidad occidental, y que llegará a la antes como fuerza tradicional civilizadora necesaria sobre un mundo en ruinas. De un mundo que se ha perdido de vista y se ha sumergido en la barbarie más elemental y animal.

¿Cómo interpretar el eurasianismo?



Entre muchos nacionalistas y disidentes de las naciones occidentales, que sin embargo comprenden la importancia de extender su ideal en la dirección de la recuperación espiritual y política de la civilización europea, el neo- Eurasianismo se percibe cada vez más, nos parece, como doctrina política, geopolítica e incluso metapolítica, de interés exclusivo para Rusia. Pensamos que esta aprehensión de las cosas surge de una interpretación de esta nueva teoría política que emana principalmente de dos elementos, histórico y coyuntural: por un lado el hecho de que el eurasianismo tiene su origen, digamos, a principios del siglo XX, y es la culminación del trabajo intelectual de ciertos pensadores rusos emigrantes en Europa (Mendeleev, Troubetskoy, Florovsky, Alexeïev, etc.) y, por otro lado, que la mayoría de los activistas europeos actuales no comprenden siempre de forma clara la necesidad, simultáneamente con su lucha (consistente en estimular y afirmar la singularidad de una civilización a partir de lo que queda de sus fundamentos culturales), de participar en la elaboración de una nueva teoría política universal adecuada para proponer de una manera adecuadamente diferenciada para cada civilización, un desarrollo que "bebe" de la Tradición y que se orienta en relación a la centralidad atemporal de esta última (este tema altivo está, por tanto, a un nivel superior de la doctrina, y más allá, al nivel de una visión espiritual universal del mundo, incluso antes de poder ubicarse en el nivel inferior, aunque esencial, de su adaptación a una civilización particular

para restaurarle un centro intangible inspirado por esta cosmovisión superior, en resumen, un *Imperium*).

Yohann Sparfell

Entre muchos nacionalistas y disidentes de las naciones occidentales, que sin embargo comprenden la importancia de extender su ideal en la dirección de la recuperación espiritual y política de la civilización europea, el neo-urasianismo se percibe cada vez más, nos parece, como doctrina política, geopolítica e incluso metapolítica, de interés exclusivo para Rusia. Pensamos que esta aprehensión de las cosas surge de una interpretación de esta nueva teoría política que emana principalmente de dos elementos, histórico y coyuntural: por un lado el hecho de que el urasianismo tiene su origen, digamos, a principios del siglo XX, y es la culminación del trabajo intelectual de ciertos pensadores rusos emigrantes en Europa (Mendeleev, Troubetskoy, Florovsky, Alexeïev, etc.) y, por otro lado, que la mayoría de los activistas europeos actuales no comprenden siempre de forma clara la necesidad, simultáneamente con su lucha (consistente en estimular y afirmar la singularidad de una civilización a partir de lo que queda de sus fundamentos culturales), de participar en la elaboración de una nueva teoría política universal adecuada para proponer de una manera adecuadamente diferenciada para cada civilización, un desarrollo que "bebe" de la Tradición y que se orienta en relación a la centralidad atemporal de esta última (este tema altivo está, por tanto, a un nivel superior de la doctrina, y más allá, al nivel de una visión espiritual universal del mundo, incluso antes de poder ubicarse en el nivel inferior, aunque esencial, de su adaptación a una civilización particular para restaurarle un centro intangible inspirado por esta cosmovisión superior, en resumen, un *Imperium*).

El primer elemento histórico mencionado anteriormente podría parecer superado por el efecto del tiempo, pero sólo en apariencia, especialmente entre ciertos nacionalistas nostálgicos de Europa del Este principalmente, ya que todavía está sonando, debido a su origen ruso, un papel repulsivo ya que el urasianismo representa para ellos un ideal oriental, asiático, por lo tanto, estrictamente ajeno a la cultura europea originaria y, además, amalgamado con el pasado bolchevique. Es cierto que el urasianismo inicial se basó en gran medida en un "fusionismo" eslavo-turco-musulmán con énfasis en la visión de un singular destino imperial multiétnico y multinacional de Rusia integrando sus aspectos europeo y turco-mongol. De hecho, fue el resultado doctrinal de un deseo, en la mente de estos pensadores rusos exiliados, de restaurar perspectivas verdaderamente imperiales para Rusia, es decir, convertirla en la sede del centro político y espiritualidad de una civilización singular, siguiendo las lecciones que pudieron

extraerse de la revolución bolchevique. Pero el objetivo aquí no es analizar, ni siquiera brevemente, este eurasionismo original porque creemos por nuestra parte que el neo-eurasionismo, el cual llamaremos de ahora en adelante aquí para hacernos entender mejor con el término "eurasionismo", simplemente, supo trascender, gracias al trabajo y las relaciones internacionales apoyados por Alexander Dugin, el espacio al que se había entregado la sagrada tarea a la hora de restaurar una vida espiritualmente ordenada.

El segundo punto, que calificamos de cíclico, podría estar relacionado con el hecho de que Rusia se está afirmando cada vez más como un actor importante en el actual juego geopolítico global. De ahí lo que se percibe cada vez más como una nación, pero también como una civilización que, por derecho propio, no solo afirma su singularidad sino que, al mismo tiempo, es víctima del ostracismo del cartel de los países occidentales, que se ve beneficiada, y esto desde un punto de vista que lucha por comprender la necesidad actual de un nuevo enfoque espiritual y político de lo universal, de una teoría política indígena que, por tanto, se adapte a sus características culturales, geográficas e histórico, incluso étnicas (lo que en sí mismo es una tontería ya que Eurasia es esencialmente imperial y multiétnica),: el eurasionismo. Esto, como de hecho sería correcto decirlo, tiene en cuenta directamente las situaciones geográficas y geopolíticas rusas dentro del Gran Continente Euroasiático y la realidad sociocultural de los diversos pueblos que conforman el imperio Ruso-Eurasiático hoy en día en fase de afirmación vacilante e incierta. Esta nueva teoría política, y espiritual (que debería ser analizada en primer lugar, pero volveremos más tarde a ella), se centra (y este término es de importancia en este sentido) en la realidad y la aspiración profunda de este imperio euroasiático. Por supuesto, se entiende que esta aspiración de motivación espiritual y esta realidad no corresponde precisamente a las de Europa (y esto más en vista de la actual fase degenerativa de esta última). Tanto más cuanto que la historia y las influencias espirituales orientales han hecho de la civilización ruso-euroasiática, centrada en la dominación imperial rusa, una entidad separada del destino del resto del subcontinente europeo que se ha ido abandonando gradualmente y sumergiéndose en las aguas infernales del occidentalismo. Nos parece importante aquí enfatizar que el desarrollo histórico y cultural de esta civilización de inspiración tanto occidental como oriental estuvo acompañado de una singular afirmación autónoma que se llevó a cabo tanto en el orden espiritual como político o geopolítico.

La civilización ruso-euroasiática se funda efectivamente según su posición central tanto histórica como geográfica resultante del encuentro de los pueblos indoeuropeos y los pueblos turanianos en su respectiva marcha escatológica, la primera buscando el Levante y las inmensidades continentales de Sur a Este, el segundo poniéndolo y

abriéndose hacia los mares occidentales del suroeste. El eurasionismo se basa precisamente en el reconocimiento de las implicaciones de esta aventura humana bélica y creativa que finalmente desembocó en una civilización cuya particularidad es asumir por sí misma un papel de pivote y apertura entre Oriente y Occidente. Rusia hoy, con las naciones independientes que están histórica, cultural y económicamente ligadas a ella, así como espiritualmente (es decir, Armenia, Georgia, Bielorrusia, Kazajstán, Ucrania, etc.), debe lograr afirmarse como ese puente entre las dos civilizaciones, que es tanto parte de una como de la otra), es de hecho una civilización en toda regla en el corazón de Eurasia dentro de la cual debe asumir su papel de equilibrio. Su herencia europea primordial no puede diluirse en una realidad mucho más compleja y diversa por su encuentro con Oriente, tanto más asumida por su extensión dentro del continente euroasiático hasta el Pacífico (los cosacos llegaron al Pacífico en 1640) y el Cáucaso (anexión de varias naciones caucásicas a principios del siglo XIX: Armenia, Daguestán, Azerbaiyán), que de alguna manera reforzó su singularidad en comparación con el resto de la Patria europea. Pero en cierto modo sólo porque los lazos, que se aflojarán y compartirán más armoniosamente de Occidente a Oriente, están sin embargo presentes hacia Europa en una visión compartida del hombre que podríamos vincular correctamente a un "humanismo" europeo original heredado de las tradiciones precristianas hoy en día en gran medida equivocadas.

El eurasionismo es, por tanto, el resultado de una conciencia de la genealogía de una civilización singular dentro de la cual apareció esta corriente de ideas, con todo lo que tal conocimiento pueda generar en el crepúsculo de un mundo que se esfuerza por negar la realidad profunda y sagrada de la afirmación de la personalidad (en la antítesis del individuo). El eurasionismo es, por tanto, un enfoque de civilización, que implica profundamente una perspectiva espiritual y geopolítica, para lo cual es sobre todo importante que los hombres, así como sus comunidades, puedan asimilar la fuerza supra-humana que les dio nacimiento de manera singular en el mundo dentro creado y que puedan afirmarse a través de él.

Por tanto, el eurasionismo nació de la conciencia de la constitución original, espiritual y singular de una civilización por parte de pensadores políticos y filósofos rusos que habían tocado con sus dedos la esencia sagrada y axial de su presencia en el mundo (Eurasia). Pero, dado que toca lo esencial de lo que hace posible una civilización en particular, esta teoría política no puede limitarse a la civilización ruso-euroasiática y, por lo tanto, pretende ser de interés para todas las civilizaciones humanas actuales y por venir, pero sobre todo para ser una forma de pensar a través de la cual sabrán poder dominar su futuro. Debe entenderse que el eurasionismo quiere ser una nueva teoría llamada "política" que, sin embargo, es primero y más

profundamente espiritual en esencia. Nos invita ante todo a reorientarnos en relación a un centro que necesitaremos descubrir en el corazón de cada civilización, así como de cada comunidad y persona que la compone. Este centro es diferente de un punto a otro (de una entidad humana a otra), pero es el mismo en todas partes, difuso, pero aún Uno en cada emanación del Ser. Es en esto que el eurasianismo puede representar el motor espiritual de la elevación de los espíritus hacia una nueva interpretación de lo universal, un universal que no puede confundirse con la uniformidad (o, que equivale prácticamente a lo mismo, universalismo), a menos que se quiera corromper lo que constituye los cimientos de esta nueva teoría. En otras palabras, el eurasianismo es un oportuno deseo de orientación hacia la Tradición y su Centro celeste que nuestra civilización europea ha ubicado en Hiperbórea, donde necesitaremos, huelga decirlo, recargar su pilar.

Esta nueva teoría, que hemos visto tiene un espíritu universal, es también política y geopolítica, y, por tanto, plenamente capaz de integrarse en el espacio planetario del pensamiento humano del siglo XXI, que poco a poco va tomando conciencia de la incoherencia aporética en la que lo encierra la teoría neoliberal, único superviviente y al mismo tiempo heredero del desorden ideológico del siglo XX. Esta teoría se ve, por tanto, llevada a participar en la renovación radical (en el sentido real del término, es decir, que se remonta a la raíz, a la esencia de las "cosas") de un pensamiento político que efectivamente se ha arraigado y articulado hasta ahora en torno a las tres teorías políticas del comunismo, el fascismo y el liberalismo, incluidas en todas sus variantes, hasta hace poco tiempo, incluyendo por tanto la forma posmoderna del liberalismo: el posliberalismo impolítico que ha interferido insidiosamente en cada una de las civilizaciones para privarlas de cualquier vocación real y evitar que participen en una nueva armonía internacional llamada multipolaridad o mejor aún, policentricidad. Porque el eurasianismo es también, y en segundo lugar después de su enfoque asertivo de una reorientación espiritual del mundo, la teoría de la multipolaridad civilizacional que, a su vez, concierne a todas las civilizaciones, así como a las comunidades humanas en el proceso de reafirmación y re-identificación con sus fundamentos originales.

Pero si el eurasianismo es una teoría geopolítica, centrada en la esencia espiritual de las civilizaciones y en las relaciones singulares que mantienen con su propio espacio (habiendo participado el espacio en su fundamento carnal), es por tanto también una teoría política, la Cuarta Teoría Política, cuya particularidad es precisamente querer restituir la legitimidad al mismo término "político" con respecto al futuro de las comunidades humanas. La política debe volver a convertirse en un arte a través del cual las personas puedan, e incluso deben, reorientarse hacia el centro coordinador y armonizador de cada comunidad de la que son miembros. La decisión, que debe nutrirse de

la multiplicidad de puntos de vista libremente expresados, encontrará finalmente una centralidad que la sacará de cualquier oscuridad ligada a las inestabilidades de la materia (es decir, de las vicisitudes vinculadas al mundo inferior de la necesidad). Centralidad y multiplicidad ya no deberían ser mutuamente excluyentes, sino que deberían poder reafirmarse conjuntamente a través de lo político, así como lo espiritual, que se encarnará en el Bien Común. El eurasianismo es una teoría política que lleva consigo este altivo principio que apunta a plantear los conflictos políticos por encima de los intereses (especialmente económicos) y someterlos a la superioridad de lo espiritual (a través del Bien Común como nosotros lo entendemos y como debe entenderse desde la perspectiva de la Cuarta Teoría Política).

Teniendo en cuenta lo anterior, consideramos que sería bastante inapropiado considerar que el eurasianismo puede interesar exclusivamente al universo ruso, o adaptarse específicamente a este universo oriental (en comparación con Europa), a pesar de que esta teoría ha estado marcada por esta especificidad desde sus inicios, abriéndose inevitablemente a lo universal a partir de entonces. Los activistas europeos tendrían, por tanto, toda la legitimidad para reclamar contra una nueva afirmación de Europa que todavía parece, en definitiva, hipotética ante la cruel falta de voluntad de sus líderes actuales (falta de voluntad de ser libres del hegemonismo unipolar americano heredado de las dos grandes guerras del siglo XX, como del totalitarismo progresista del pos-liberalismo "liberado" de la política y el arraigo). Y si la civilización europea pudiera tener la oportunidad de re-elevarse (¡y volverse *Kultur* nuevamente!) esforzándose por estudiar y adaptar las ideas del eurasianismo (y por lo tanto las propuestas de la Cuarta Teoría Política), esto no sería precisamente no desviarse de lo que hace la singularidad del lenguaje y la Idea originaria de nuestra civilización, sino por el contrario, poder afirmarlo frente a una teoría política y geopolítica que hace de las civilizaciones y su singularidad ejes en torno a los cuales habrá que articular nuevas teorías y nuevas prácticas distintivas sobre el hombre y sus relaciones con el Otro y su entorno.

El eurasianismo, por tanto, no es ajeno a Europa porque de hecho es el nombre que se le da a una nueva teoría política, con un componente geopolítico crucial, que cada civilización deberá abordar y apropiarse a su manera y según su propia visión original del mundo y del hombre. El desafío no es, de hecho, tratar de mirar el mundo a través del pequeño extremo del telescopio ruso, sino establecer y afirmar nuestra propia visión del mundo europeo mientras nos esforzamos por ir más allá de las quimeras que, aún hoy, sirven como guías intelectuales en nuestros vagabundeos inconsistentes.

Hoy también podemos hacer otro argumento a favor del eurasianismo que podría convertirlo en un instrumento conceptual, pero también realista, con el objetivo de resurgir la Idea europea (un humanismo original con una visión realista del hombre) del limbo en el que lo han hundido los ideólogos neoliberales. Rusia y las naciones relacionadas con ella, como se mencionó anteriormente, son fundamentalmente de cultura europea, aunque la historia y la geopolítica la han convertido en una civilización única, como ya hemos podido expresar aquí. Sin embargo, la realidad geopolítica del mundo actual, que incita a la multipolaridad a afirmarse en las relaciones internacionales, también tenderá a acercar cada vez más a las civilizaciones ruso-euroasiática y europea para intensificar su cooperación frente a los intentos o potencialidades hegemónicas que emanan de otros polos más poderosos como América del Norte o China. También tendrán que hacerlo debido a las amenazas que ya están tocando a sus puertas, especialmente las relacionadas con la inmigración masiva y el terrorismo islamista. Es sin duda y en realidad, y esto en virtud de la realidad de las relaciones internacionales actuales, un conjunto intercivilizacional que aglutina a las civilizaciones ruso-euroasiática y europea gracias a una estrecha y continua cooperación que será el gran espacio dentro del cual el eurasianismo deberá afirmarse una vez superados los etnocentrismos y los viejos resentimientos que, de nuevo, alimentan los discursos oficiales de dirigentes y medios de comunicación que siguen aferrados desesperadamente a sus caprichos ideológicos y sus dependencias (sub) culturales. Este debe ser un argumento más a favor del hecho de que el eurasianismo, y la Cuarta Teoría Política, no solo no están vinculados exclusivamente a la civilización ruso-euroasiática, sino que también pueden ser capaces de reencontrar un gran espacio geopolítico (y espiritual) euroasiático (o euroasiano) que puede ser capaz de afirmarse en el actual caos global resultante de la dilución de un orden de relaciones internacionales que sólo puede resistir los problemas y contradicciones que él mismo engendró en el curso hegemónico del neoliberalismo triunfante.

El eurasianismo es un arma conceptual (aunque más fundamentalmente es un *Logos* inteligible para abrirse a una nueva conciencia espiritual) que interesa principalmente a Europa y Rusia, juntas, unidas por un nuevo deseo de inspirar un mundo capaz de ir más allá (pero no para aniquilar) el antagonismo entre lo universal y lo individual. Lo que podremos encontrar a través de nuestras relaciones entre las civilizaciones europea y ruso-euroasiática, y mediante las relaciones entonces más seguras entre Eurasia y otras civilizaciones del mundo, será la base de un nuevo orden de relaciones internacionales que tendrá que emanar de un respeto por cada singularidad y relaciones no basadas en la hegemonía y el unilateralismo.

Por tanto, podemos afirmar con firmeza y fuerza que somos euroasiáticos y al mismo tiempo tenemos una fe profunda y arraigada en el futuro de Europa. Agregamos incluso que uno compromete fuertemente al otro ya que el eurasiatismo es un compromiso a favor de cada una de nuestras civilizaciones, de las que entonces somos conscientes de su importancia como polos geopolíticos que toman una parte considerable, si no fundamental, para la renovación radical de las relaciones internacionales. El eurasiatismo no puede separarse del proyecto de construcción de un orden mundial organizado en torno al principio de multipolaridad. Tampoco es separable de una visión orgánica de las comunidades humanas que incluye regiones, naciones, etnias y pueblos en el respeto de la diversidad cultural, política y espiritual que deberá estructurar el mundo multipolar venidero. El eurasiatismo, por así decirlo, es un globalismo de la "periferia" que debe levantarse contra el globalismo del "centro" impuesto, entre otros, por el arma des-estructuradora de los "derechos humanos" y por el Mercado. También podemos ver que, desde este punto de vista, el movimiento de los Chalecos Amarillos se embarca inconscientemente en este camino y, por tanto, forma parte de esta lucha euroasiatista.

El eurasiatismo no tiene una "verdad" que imponer de una manera u otra a los pueblos y civilizaciones porque abarca una conciencia de la necesidad de respetar las diversas cosmovisiones que construyen la humanidad. Su estructura teórica se basa en una apreciación espacial (no según el sentido anglosajón del término, o una ambición volcada hacia la conquista, sino según una visión "cósmica" que prioriza el orden y la armonía) de las civilizaciones cuyo principal interés es que cada uno de ellos sea capaz de construir su futuro a la luz de su tradición, mientras participa activamente en el desarrollo de un nuevo tipo de relaciones internacionales en cuyo corazón será fundamental la plena conciencia de las realidades geográficas (económicas, energéticas, etc.) así como diferencias en los enfoques culturales, incluso espirituales y religiosos, vinculados a estas realidades.

El eurasiatismo es, por tanto, un llamado a una nueva armonización del mundo, de la que se sabe de antemano que siempre estará en proceso, y no es una esperanza para un nuevo idealismo, es decir, una nueva ideología abstracta. Es una nueva teoría política y geopolítica que es la conciencia de que el mundo no puede doblegarse ante las limitaciones de las ideologías abstractas sin sacrificarse en el altar del vicio y la falsedad. Es en esto que el eurasiatismo es una superación, una Nueva Teoría, que se posiciona entre los fundamentos del hombre y sus responsabilidades para su cumplimiento. El eurasiatismo, por tanto, nos ofrece una perspectiva que depende de cada civilización implementar de acuerdo con su propia *Weltanschauung*.

El eurasiatismo europeo (y más allá, el euroasiatismo, de Lisboa a Vladivostok y de Dublín a Ereván) puede, por tanto, convertirse en una

realidad en nuestros corazones, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones, siempre que sepamos cómo comprender plenamente lo que lo hace tan fuerte. Es por esto, en cualquier caso, que nosotros mismos nos reconocemos como eurasianistas y que queremos contrarrestar la tendencia actual en Europa de querer suprimir esta Idea dentro de los estrictos límites de la civilización ruso-euroasiática.

Resulta imprescindible dar la espalda a una cierta visión de la geopolítica que todavía la convierte en el instrumento científico al servicio de la extensión de un poder malsano e ilusorio, en definitiva, del imperialismo. La geopolítica debe convertirse para nosotros, y con respeto a las diferencias culturales y espirituales, en una herramienta al servicio de una nueva armonía entre naciones y civilizaciones. Europa y sus naciones deben poder sacar de ella la fuerza para reorientar su futuro de acuerdo con los grandes proyectos mundiales que, a lo largo de los años, cambiarán radicalmente el orden mundial (estamos pensando aquí principalmente en el proyecto Nueva Ruta de la Seda - Iniciativa de la Ruta y la Franja - liderada por China).

El eurasianismo es una idea que los pueblos y civilizaciones deberán apropiarse según su propia visión del mundo. Es, por tanto, el alfa de un movimiento creativo único y específico de cada uno, cuyo resultado, el omega, habrá de encontrarse en superar los límites a los que hoy estamos sometidos por la locura globalista. Es una fuerza, recordamos, que nos hará elevar la idea europea y que, además, nos hará reinterpretar a la luz de nuestro humanismo originario la presencia de Francia en Europa y en el mundo.

El eurasianismo se basa esencialmente en esta reorientación, y por eso sería injusto afirmar que solo puede afectar a la civilización ruso-euroasiática. Pero todo es cuestión de palabras, siempre que estén definidas.

Entrevista a Yohann Sparfell: el camino eurasianista

Nuestro compañero Yohann Sparfell hace una contribución decisiva a la creación de una Cuarta Teoría Política Eurasianista en su primer libro, *Res Publica Europae*.

R / ¿Cómo define el pensamiento eurasianista?

Todo depende de cómo aborde este problema. Históricamente, el eurasianismo es ruso-euroasiático en esencia, es decir que este pensamiento es de interés primordial para este espacio geopolítico, y

esto en relación con su singularidad cultural e histórica. Es cierto que el neo-eurasismo actual ha heredado mucho de este enraizamiento original, que en general es bastante normal y de esperar en pensadores rusos como Alexander Dugin. El eurasiatismo de los pensadores rusos de nuestro tiempo es, por tanto, la expresión intelectual, con su metodología metapolítica y geopolítica, de una afirmación de lo que ellos mismos ven como la singularidad civilizacional del gran espacio ruso-euroasiático. Y esto en relación con otras civilizaciones que deben participar en la implementación de la multipolaridad, implementación que es parte de la dinámica propia de la idea euroasianista.

Pero también se puede abordar la cuestión del pensamiento euroasianista desde un punto de vista esencialmente ideológico, es decir, la visión de un corpus de ideas que forman una doctrina filosófica y política coherente y completa, por lo tanto, teniendo la voluntad de ir más allá del marco original de la misma. Entonces, en este caso, este pensamiento puede interesar a todas las civilizaciones, incluida la nuestra. Y a partir de ahí, se trata de apropiarse de sus principios doctrinales para, a nuestra vez, poder afirmar nuestra civilización a los ojos de los demás. De hecho, se trata sobre todo de permitir que la civilización europea se afirme y, al mismo tiempo, traspasar las ideologías heredadas de la Modernidad, de las que sólo podemos ver hasta qué punto consiguieron encerrarla en aporías autodestructivas. El neoliberalismo es su último avatar y posiblemente el más dañino en muchos sentidos. En definitiva, para nosotros el pensamiento euroasianista no puede liberarse de un proyecto propio de la Cuarta Teoría Política. También es el deseo de Dugin, cuando lanzó este vasto proyecto de la 4TP, ver que cada pueblo y civilización se apropia de él a su manera y de acuerdo con su propia naturaleza, su propia singularidad, su propia historia. El eurasiatismo nació en Eurasia, pero tendrá que diferenciarse en tantas expresiones como singularidades culturales e históricas haya en este vasto conjunto y, en particular, en lo que a nosotros respecta, en su extremo occidental. Tendremos que enraizar este pensamiento en la excepcionalidad de nuestra tierra, porque esta es la condición primordial de la que solo puede jugar su efecto regenerador.

R / ¿Cuál sería la unidad cultural de este vasto conjunto?

No podríamos hablar de unidad cultural porque en realidad no existe a nivel de toda Eurasia. La única unidad de la que podríamos hablar es una unidad geoestratégica que une a los pueblos y la civilización en relación con otros continentes, pero especialmente en relación con lo que Carl Schmitt había llamado las fuerzas talasocráticas (las fuerzas "líquidas" de las naciones marítimas, en particular las anglosajonas y liberal). Es el regreso, aquí a una determinada forma de telurocracia (dominación terrestre y espacial, íntimamente ligada al "habitar" de este espacio), desde allá hasta otra, que, en su totalidad, nos invita a

considerar el conjunto como un marco inmenso donde se juega un entendimiento y una armonización de varias fuerzas, pero sin embargo unidas por un mismo sentimiento de arraigo y desarrollo de sus propias potencialidades. Dicho esto, a este nivel se puede legítimamente, en mi opinión, plantear la cuestión de la proximidad cultural entre Rusia y el resto de Europa. Y digo "el resto", porque pienso por mi parte que Rusia puede ser parte integral del espacio civilizatorio europeo en cuanto a qué en base a lo cual se puede hablar precisamente de civilización europea, es decir, eso que llamé en mi libro *Res Publica Europae*, humanismo europeo original. Pero también puede, dicho esto, elegir otro camino, a la luz de una singularidad civilizacional que podría "leerse" a través de sus contribuciones culturales, espirituales, históricas y étnicas, tanto asiáticas como europeas. En cualquier caso, corresponderá exclusivamente al pueblo ruso, así como a los demás pueblos que forman su "periferia" (Bielorrusia, Ucrania, Georgia, Armenia, etc.), decidir su relación más o menos profunda con el futuro de Rusia. La civilización europea de acuerdo con lo que sentirán históricamente, y posiblemente siempre cultural y espiritualmente, una participación íntima en ella o, si no, en la constitución de lo que entonces se puede llamar civilización euroasiática.

En el caso de que se afirme esta segunda posibilidad, los europeos tendremos que asegurarnos de que esta probable unidad de civilización ruso-euroasiática siga siendo un socio privilegiado de la integración geoestratégica, como mencioné en la pregunta anterior, en el vasto continente-mundo euroasiático. ¡Su posición geográfica nos lo impone! Un buen sentido económico, también, para el resto... (alguien como Robert Steuckers nos explicó esto lo suficiente, citando tanto la economía como la historia, la espiritualidad o simplemente nuestros propios intereses geopolíticos). Pero, en cualquier caso, primero tendremos que, y esto debe entenderse, liberar a Europa de los dolores del liberalismo, la única ideología de la Modernidad que continúa hoy en su forma posmoderna y totalitaria como neoliberalismo. Por tanto, debemos ponernos manos a la obra en la elaboración de una Cuarta Teoría Política enraizada en el *humus* singular del sustrato europeo. Debemos esforzarnos por comprender la originalidad verdadera de nuestra ancestral *Kulture* europea, porque es a partir de esta originalidad que podremos "habitar" nuestra tierra común una vez más y definir allí nuestro Bien Común.

R / Más allá de un posicionamiento geopolítico, ¿cuál sería el modelo de sociedad apoyado por los eurasianistas?

Es una gran pregunta y será difícil contestarla en una entrevista. Bueno, para intentar no obstante proporcionar algunos elementos principales de una respuesta y al mismo tiempo abordar lo que me parece el aspecto más importante de este tema, voy a retomar el concepto heideggeriano de "habitar" un lugar dado. No me molesté en

ampliar en mi respuesta a la pregunta anterior, ni en mi libro. En este último, al comienzo del capítulo sobre la autosuficiencia, hablo del *Logos*, pero estas dos cosas están realmente relacionadas porque determinan cómo vivimos como seres humanos en relación con lo que nos rodea y que, gracias a estas nociones, tienen sentido, es decir, significan algo para nosotros en un mundo que es nuestro. Si utilizamos la terminología heideggeriana, el hecho de "vivir" en un lugar determinado, por lo tanto, no en ninguna parte de la forma bohemia del posmodernismo, está ligado a la acción que consiste en "decir", es decir en extender frente a nosotros todo aquello que nos concierne, como "cosas" pero no como objetos, y que estructuran nuestro mundo en tanto que es singularmente nuestro mundo y que responde así a nuestras propias preocupaciones de *ek-sister* (poner en movimiento).

Esto no es ni más ni menos que redefinir la existencia a la luz de este imperativo humano, y el modelo de sociedad sostenido por el pensamiento euroasianista es, en este sentido, más bien una dinámica de recurso a principios atemporales que deberán volver a comprometernos en el camino de la armonía con nuestra naturaleza profunda, la que inspira nuestro "estar-ahí". Diría algo muy simple sobre esto: ¡nuestras vidas deben encontrar sentido! En otras palabras, debemos ser capaces de construir un significado a nuestras *ek-sistencias* por nuestra cuenta. Y para eso será fundamental que sepamos reconocernos, tanto a nivel de la persona como de los pueblos y de toda nuestra civilización. Es la dinámica del *Dasein*, del ser autónomo que se afirma en simbiosis con lo que perdura como su mundo, frente a la deconstrucción metódica del mundo europeo que hoy, lo sentimos, llega a su fin y ya no puede ofrecer ningún horizonte, ningún sentido a los hombres ni a los pueblos. Las tres ideologías del pasado no han logrado ofrecer a los hombres una elevación del espíritu que pueda darles un entusiasmo salvador (ser salvo es ser confirmado en la propia *ek-sistencia*).

No es que no intentaran alcanzar este ideal, pero el tema en el que cada uno de ellos se basó para recrear valores (de clase, de raza o de individuo) derivó hacia una forma u otra de masificación en la que finalmente se ahogaron las personalidades, en lugar de poder afirmarse en ella. La vida de un hombre es corta y se le debe otorgar el poder de realizar su personalidad, de lo contrario es probable que se embarque en caminos inspirados por el resentimiento y el disgusto. Ésta es una lección que tenemos que aprender. Por eso el *Dasein* es el nuevo sujeto del eurasianismo, de una Cuarta Teoría Política cuyo corazón nuclear, si se me permite decirlo, es el deseo de autonomía, es decir, el deseo de determinar por sí mismo y a través de reconocimiento por parte de otros de la forma en que se participa libremente, en el sentido no liberal del término, en el Bien Común.

Para emprender el camino de una sociedad completamente nueva, tendremos que definir un nuevo sujeto, y éste tendrá que encarnar, en la antítesis del individuo ocioso del liberalismo cuya licencia infinita no podría conducir más que en su triste decadencia, a una afirmación repetida y singular del Bien Común, o si se quiere, para cada uno a su manera, en la voluntad de elevar cada vez más la fuerza y la singularidad de las comunidades en las que participará y quien la apoyará, a través de su libertad y la elevación de su propia fuerza y singularidad. Este proyecto social vuelve al hombre tal cual es, a la realidad de su condición, a la necesidad de tener en cuenta la diversidad y desigualdad de sus capacidades, y sobre todo a la necesidad de armonizar los antagonismos que no dejan de surgir de esta diversidad y esta desigualdad a través de la justicia y la autoridad.

Este proyecto es finalmente abrir nuestros ojos a la realidad humana y convertirla en algo habitable y deseable para todos los que vienen después. Finalmente, este proyecto eurasianista de la sociedad también, es especialmente debido a lo que pude decir anteriormente, está realmente enraizándose en un espacio de civilización histórica, cultural y espiritualmente único para extraer su savia de él, de nuestra propia visión del mundo, es decir, la Europa en lo que a nosotros respecta, un cierto tipo de humanismo que hace de mi lectura del eurasianismo sea una lectura típicamente europea, y no otra cosa.

Entonces, por supuesto, un proyecto social enfocado en la autonomía espiritual de la persona implica necesariamente, por un lado, una dinámica de intensificación de la autonomía institucional, económica (localismo), monetaria, entre otros, y de otra, una profundización espiritual de la visión del ser humano como máxima manifestación divina en el mundo visible, con el principio de igualdad frente a la dignidad que de él se deriva. Tendremos, por tanto, que reconquistar las condiciones que nos permitan alcanzar una armonía simbiótica, es decir una autonomía, dentro de un espacio concéntrico cuyo corazón será el nuestro en el fondo de nuestras *ek-sistencias*; una autonomía que, al mismo tiempo, nos hará ir más allá de la regla primitiva de la explotación humana a través del trabajo. Este es el objetivo de un mayor desarrollo de un 4TP para la Europa del futuro.

R / ¿Cuáles son las fuerzas impulsoras de una visión euroasianista en la actualidad?

Las llamadas fuerzas "populares", que algunos llaman populistas, porque llevan dentro de ellas un formidable deseo de vivir multiplicado por la diversidad a través de la cual se manifiesta este deseo. Si, por supuesto, estas fuerzas no se dejan engañar por los espejismos consumistas y propagandistas de un régimen que equilibra la represión y el manejo de la zanahoria. Estas fuerzas podrían haber sido los chalecos amarillos, podrían ser de muchas otras formas, pero creo que

la duda está bien establecida ahora, y el disgusto se arrastra sin remedio entre la gente buena. El tiempo se acaba, y quienes tienen la capacidad de pensar y las ganas de ser tienen hoy el deber de relacionarse con lo real e inventar valores más apasionantes que los, ahora decepcionantes, del pasado. Se necesitan guías, porque los tiempos son más confusos. Y una investigación sobre una 4TP para Europa se convierte en este sentido en una emergencia, un anteproyecto que tendremos que implementar rápidamente de forma conjunta en torno, por ejemplo, a las pocas nociones que he comentado aquí y que aborda con más detalle en mi libro, pero también muchos otros que estarán en manos de otras personas para abordarlos a su manera.